



VICENTE ALMAZÁN CLIMENT

Sabio en leyendas y peregrinaciones

En sus últimos años en Castellón, donde nació, era pupilo de la familia Climent, es decir, los Mulet y los Armengot, también los Pascual y los Giner, siempre en torno a su querida hermana, la reverenda madre Josefina, carmelita descalza en el convento de las Alquerías, mujer de nervio y remanso.

El sabio Almazán estuvo muchas veces con nosotros en la librería y allí nos deslumbraba siempre. Creía mucho en su buena suerte y recuerdo que yo lo veía como una de esas personas que estaba segura de que lo que le estaba ocurriendo, era lo mejor que le podía ocurrir y daba gracias por ello. En uno de su últimos viajes nos contó que acababa de regresar de Noruega, donde había pronunciado una conferencia sobre peregrinaciones y había fascinación en sus palabras.

—Tuve la suerte —nos decía— de dor-

mir en la vicaría del pueblecito de Borre, en la misma que había dormido la reina Sonia de Noruega.

Un día quise bajar a lo cotidiano y le pregunté que le unía todavía a Castellón.

—Hombre, con mi hermana me une todo, la sangre y la historia de nuestras vidas —me contestó—. Y con los Climent me une un refrán, ese que dice *De oriente a poniente, de la mujer seas pariente*. Y mi madre, aunque de origen catalán, era una Climent, muy de Castellón.

LA VIDA

Nació en la calle de Enmedio el 17 de noviembre de 1924. Su padre, Ramón Almazán era un aragonés funcionario de la Tabacalera, que contrajo matrimonio con Josefina Climent, con su orgullo de ser castellanera. Además de Vicente, también

nacieron Ramón, militar que llegó a ser juez y al que el tabaco le ayudó a morir joven, según la familia, y Josefina, carmelita descalza, la orden medicante de tantísima rigidez, como es sabido.

Muy pronto, la familia se trasladó a Alicante, don Ramón fue destinado a aquella delegación de la Tabacalera y allí aprendió Vicente sus primeras letras en el colegio de los maristas, y mismo centro en Valencia, cuando el cabeza de familia fue allí trasladado.

Al morir, también joven, la viuda cogió a sus hijos y se los trajo de nuevo a Castellón. Pudieron ingresar en las Escuelas Pías, donde Vicente fue compañero y se hizo amigo de José Antonio Gómez, de Vinaròs, también de Ramón Godes y de los hermanos Mulet Ortiz, especialmente José María, con quien mantuvo siempre un estrecho contacto.

Doña Fina Climent quedó pronto sola, un hijo se convirtió en militar, la chica quiso ser monja y Vicente ingresó en el convento aragonés de Calanda, para ser fraile, aunque no cuajó como tal y probó de nuevo, ahora en el seminario de Salamanca. Tampoco pudo terminar, tal vez por falta de vocación, aunque vivió un tiempo en el Colegio Mayor Oriental, delegación de la Universidad Pontificia de Roma, donde coincidió con estudiantes de todo el mundo, aun-

Castellonense peregrino, conocedor de historias del mundo nórdico, sabio en leyendas de todos los confines, su vida es un ir y venir de Castellón a Salamanca, de allí a Galicia para admirar los viejos poblados celtas y coger el avión para enseñar castellano en Winconsin y el inglés en Burkina Faso.

que de modo especial de Líbano, en aquel tiempo. De mayor, ya jubilado, el colegio ha vuelto a ser su residencia, desde donde cuenta a quien quiera oírle que, a las doce años, ya hizo el camino de Santiago y comenzó su deslumbramiento por lo que tiene de leyendas, de universalidad, de sentido religioso, de erudición histórica.

En mayo de 1948 se fue a Francia, donde trabajó en una casa de vinos de Borgoña y, después de muchas aventuras, fue a parar a Estrasburgo, en donde empezó sus estudios universitarios, cuando ya conocía el francés, latín, inglés, italiano, portugués y el alemán, idioma éste que le había enseñado un profesor a cambio de muchos mazos de cigarros en la posguerra. Con una beca, de Estrasburgo pasó a la Universidad de Colonia, en donde descubrió

una lengua que jugaría un papel importante en su vida, el sueco. Así que a Suecia se fue, continuando sus estudios en la Universidad de Estocolmo. Para pagar sus gastos se hizo secretario particular de la embajada mexicana, y profesor de español y portugués en la Universidad Popular. Después regresó de nuevo a Alemania, a Colonia, para seguir con sus estudios de filología románica y literatura medieval. El destino, a través de un encuentro casual, le llevó a Canadá, donde permaneció seis años como profesor en la Universidad de Sudbury, Ontario. Las vacaciones de verano las aprovechó para terminar el doctorado en Colonia. Y después, tres años más en la Universidad canadiense de Windsor.

Lo mejor que podía ocurrirle, sucedió. Sus muchos contactos, sus conferencias y traducciones al gallego y español de las lenguas escandinavas, las apasionantes historias que contaba de los vikingos como grandes peregrina-

dores a Santiago de Compostela por tierra y mar, sus libros en alemán sobre las traducciones en la Corte de Alfonso X el Sabio entre latín y castellano, le abrieron la puerta de los Estados Unidos. Estuvo 25 años enseñando filología románica en la Universidad de Wayne y 15 años en la de Wisconsin. Y, entretanto, una interrupción para enseñar inglés durante otros 10 años en Alto Volta, lo que ahora conocemos como Burkina Faso, en África.

Toda una vida yendo y viniendo a Castellón desde cualquier lugar del mundo. Con la historia de Galicia y las peregrinaciones a Santiago como estrella que guía. Con sus amores en forma de libros a Santa Brígida de Suecia por su hondura y religiosidad, a San Olav rey de Noruega, con su aventura de vikingo en España. Y todavía un último libro, *Espejo Real*, manual de educación para un príncipe, el nuestro y todos... ❖

QUISO SER PAPA

De estudiante de bachillerato en las Escuelas Pías de Castellón, Vicente Almazán ya había superado su sueño de ser Papa, la figura arquetípica como símbolo de aquella autoridad prometida a todo creyente, que le envolvió durante su niñez en el colegio de los maristas en Alicante. Después, cuando ingresó en los seminarios de dominicos, primero en Calanda y después en Salamanca se conformaba con ser fraile predicador de la orden de Santo Domingo. Ya adulto, tuvo que elegir entre los varios caminos con que se topó ante la puerta de la vida y optó por ir a Francia en busca de aventuras. Y cuando alguien cercano a él preguntaba a un niño aquello de ¿qué quieres ser de mayor?, él sonreía y recordaba que quiso ser Papa, nada menos. Era su sueño.